



Alice  
Miller

---

# LA LLAVE PERDIDA

---

Biblioteca Alice Miller

---

TUSQUETS  
EDITORES

Alice Miller  
LA LLAVE PERDIDA

Traducción del alemán  
de Joan Parra Contreras

Título original: *Der gemiedene Schlüssel*

1.<sup>a</sup> edición: octubre de 1991

1.<sup>a</sup> edición en esta nueva presentación: octubre de 2022

© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1988  
Todos los derechos reservados y controlados a través de Suhrkamp Verlag Berlin

© de la traducción: Joan Parra Contreras, 1991  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-894-8  
Depósito legal: B. 13.530-2022  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Introducción. . . . .	9
1. La vida no vivida y la obra de un filósofo vital (Friedrich Nietzsche) . . . . .	11
2. El terremoto de Málaga y los ojos de pintor de un niño de tres años (Pablo Picasso) . . . . .	81
3. Los angelitos muertos de la madre y las obras comprometidas de la hija (Käthe Kollwitz) . . .	101
4. Carcajadas en torno a un niño maltratado o El arte del autodomínio (Buster Keaton) . . . . .	119
5. ¿Déspota o artista? . . . . .	127
6. Cuando Isaac se aleja del altar de sacrificios. .	153
7. El traje nuevo del emperador . . . . .	163
Referencia de las obras citadas . . . . .	187

# 1

## La vida no vivida y la obra de un filósofo vital (Friedrich Nietzsche)

Todos tememos a la verdad.

*Ecce homo*

Escribí el presente ensayo en 1982, y lo he revisado ligeramente para incluirlo en este libro. La revisión ha sido necesaria porque en estos años mi motivación ha cambiado un poco, y mi interés por esta temática ha adquirido nuevos matices. Hace seis años, mi propósito era todavía el de probar que las obras de escritores y pintores son la narración, en lenguaje cifrado y simbólico, de los traumas infantiles de los que el adulto no recuerda nada. Después de haber hecho ese descubrimiento gracias a mi actividad pictórica (véase A. Miller 1985, págs. 11 y ss.)\* y a los escritos de Franz Kafka (véase A. Miller 1981, págs. 307-373), podía pasar a aplicarlo a otras carreras creadoras. Mi intención era compartir ese descubri-

\* Para todas las referencias a lo largo del texto, véase el apartado «Referencia de las obras citadas», págs. 187-188 de este volumen. En el texto citamos en primer lugar el año de la edición alemana, y a continuación, en cursiva, el de la edición española, cuando la hay. (*N. del E.*)

miento con los expertos, pero pronto hube de constatar que ni los biógrafos ni los psicoanalistas estaban interesados en mi demostración.

Aunque no llegué en ningún momento a dudar de la fuerza probatoria del material aportado por mí, por ejemplo acerca de Kafka, perdí sin embargo el interés por suministrar pruebas científicas. Pues me di cuenta de que era precisamente a los expertos a quienes más esfuerzos les costaba comprender la lógica de los hechos, tanto más cuanto que esa lógica ponía en cuestión las opiniones que habían sustentado hasta entonces.

Así pues, decidí no publicar este ensayo y guardar-me para mí el saber adquirido, y me dediqué a otras actividades, como la pintura y la confrontación con mi propia primera infancia. Por ese camino llegué a comprender, con el tiempo, que mi decepción ante la ceguera de la sociedad y de los expertos tenía algo que ver con mi propia ceguera, y que me sentía de algún modo forzada a demostrarme a mí misma algo que una parte de mí se negaba a creer. Por supuesto, hacía tiempo que conocía los puntos débiles de mis padres y los daños que me habían infligido sin saberlo, pero mi idealización de sus personas, originaria de la primera infancia, seguía en pie. La detecté en mi ingenua fe y en la confianza que puse en que los biógrafos de Hitler, Kafka y Nietzsche estuvieran en condiciones de ver y confirmar mis hallazgos.

Pero yo no comprendía que eso era imposible, porque el saber que aportaba era un saber proscrito. No lo comprendí hasta que mi sentimiento de decepción me hizo ver lo mucho que representaba para mí aque-

lla idealización infantil de mis padres. Durante mucho tiempo no pude renunciar a la esperanza de verlos algún día dispuestos a compartir conmigo mis preguntas, a no eludirlas, a permitirles obrar sus efectos en ellos y a ver conjuntamente conmigo, sin miedos, adónde conducen. Siendo niña, nunca había vivido nada similar, y creía haber superado esa carencia hacía mucho tiempo. Pero mi asombro ante las reacciones de los expertos, de las personas de las que esperaba un mayor saber que de mí misma, me mostró que aún no había renunciado a la imagen de los padres sabios y valientes, dispuestos a dejarse convencer por los hechos. En cuanto fui consciente de esta conexión, dejé de sentir la necesidad de publicar este ensayo.

Si ahora, pese a todo, lo hago, es por otros motivos. Deseo compartir el saber que he adquirido con personas capaces de enfrentarse a los hechos. No hace falta que sean expertos; bastaría con que, gracias a mi ensayo, se sintieran animadas a leer a Nietzsche y a relacionar sus propias experiencias con las impresiones que adquirieran por medio de la lectura.

Pero la necesidad de compartir mis hallazgos con otras personas no es el único motivo que me impulsa. Escribir es para mí una necesidad, y siempre va asociado a un determinado placer, pero no así el publicar. Pese a ello he vuelto a echarme esa carga sobre los hombros, porque precisamente el caso de Nietzsche me ha hecho comprender que la indiferencia de la sociedad hacia los malos tratos a los niños representa un gran peligro para la humanidad. Determina-

das frases aisladas de la obra de Nietzsche jamás habrían podido ser manipuladas y puestas al servicio del fascismo y del genocidio si se las hubiera comprendido como lo que son en el fondo: el lenguaje cifrado de un niño mudo. Miles de jóvenes no habrían estado dispuestos a irse a la guerra con esos lemas en el macuto si hubieran sabido que aquella ideología de la destrucción de la moral y los valores tradicionales no era sino el puño en alto de un niño hambriento de verdad, que había sufrido intensamente bajo el imperio de esa moral. Durante los años treinta y cuarenta vi con mis propios ojos cómo las palabras de Nietzsche impulsaban indirectamente el avance mortífero de los nacionalsocialistas; por eso me pareció, más tarde, que valía la pena descubrir y mostrar el origen de esas palabras, ideas y sentimientos.

¿Habrían sido utilizables para el nazismo las ideas de Nietzsche si se hubiera comprendido el origen de estas? En absoluto. Pero si la sociedad hubiera podido comprender ese origen, las ideas nacionalsocialistas habrían sido prácticamente impensables, y en ningún caso habrían alcanzado una tan amplia difusión. Nadie presta oídos a las simples y prosaicas realidades de los malos tratos a la infancia, a pesar de que su conocimiento podría servir a la humanidad para explicar muchas cosas y para evitar guerras. Estas realidades solo despiertan un interés desacostumbrado y un compromiso emocional cuando se las suministra bajo un disfraz, en forma simbólica. No en vano esa historia disfrazada le es conocida a la mayoría de las personas. Pero el lenguaje simbólico se encarga de garantizar el mantenimiento de la represión,



la ausencia de dolor. Por eso mi tesis, según la cual las obras de Nietzsche reflejan los sentimientos, necesidades y tragedias no vividas de la infancia del autor, tropezará presumiblemente con una muy intensa oposición. Sin embargo, esta tesis es cierta, y voy a demostrarlo en las páginas siguientes. Con todo, la demostración solo podrá comprenderla quien esté dispuesto a abandonar por un tiempo la perspectiva del adulto para introducirse en la situación de un niño, tomándola plenamente en serio.

¿De qué niño hablamos? ¿Del chico que aprendió en la escuela a sojuzgar sus sentimientos y a fingir siempre que carecía de ellos? ¿O del niño al que su joven madre, su abuela y sus dos tías se dedicaban diariamente a educar para convertirlo en un hombre «como Dios manda»? ¿O del niño pequeño cuyo amado padre «perdió la razón» y vivió once meses en casa en ese estado? ¿O del niño más pequeño aún, al que ese mismo amado padre, con el que a veces se le permitía jugar, castigaba con la máxima severidad y encerraba en habitaciones oscuras? No se trata de uno u otro de estos, sino siempre del mismo niño, que tuvo que soportar todo esto sin tener derecho a expresar sentimiento alguno, es más, sin tener siquiera derecho a sentir.

Friedrich Nietzsche sobrevivió a esa infancia, sobrevivió a las más de cien enfermedades anuales durante el bachillerato, a las constantes jaquecas y a los trastornos reumáticos que sus biógrafos enumeran diligentes sin molestarse en investigar sus causas, y que acaban atribuyendo a una «constitución débil». A los doce años, Nietzsche escribe su diario tal como

podría hacerlo un adulto: conformista, razonable, modoso. Pero en la adolescencia brotan de su interior los sentimientos un día sojuzgados. Surgen obras que conmoverán a los adolescentes de posteriores generaciones. Y cuando más tarde, a los cuarenta años, incapaz de soportar por más tiempo su soledad, pierde la razón porque no puede permitirse ver con claridad su propia historia y las raíces de esta en su infancia, entonces todo está claro: los historiadores hallan la causa de su trágico final en la gonorrea que contrajo durante la adolescencia. Así, en el marco de nuestra moral, todo encaja perfectamente: la enfermedad mortal como justo, aunque tardío castigo por una visita a un burdel. El paralelismo con las actuales especulaciones acerca de los afectados por el sida es evidente. Todo parece hallar una perfecta culminación, y la moral burguesa campa por sus respetos. Pero lo que las educadoras y educadores de Nietzsche hicieron en concreto con aquel niño no es algo tan lejano como para no poder sacarlo ya a la luz. Quizás haya jóvenes estudiantes que descubran esa historia, lean las cartas de la hermana y la madre, escriban tesis doctorales sobre el tema y reconstruyan la situación de la que más tarde surgirían obras como *Más allá del bien y del mal*, *El Anticristo* o *Así habló Zaratustra*. Pero esto solo podrán hacerlo los estudiantes que no hayan sido maltratados durante su infancia o que hayan superado los malos tratos y gracias a ello puedan prestar oídos y abrir los ojos a los sufrimientos de los niños apaleados. Semejantes investigaciones despertarán probablemente muy escaso entusiasmo entre sus profesores. Pero,

si son capaces de renunciar a ello, suministrarán las pruebas de que los crímenes cometidos en los niños acaban revolviéndose contra la humanidad entera. Y también podrán mostrar los insospechados procesos a través de los cuales sucede eso.

### *El hogar familiar*

En mi búsqueda de datos palpables acerca de la primera infancia de Nietzsche, me enteré de lo siguiente:

Tanto el padre como la madre procedían de familias de pastores protestantes y tenían varios teólogos en su árbol genealógico. El padre era el hijo menor del segundo matrimonio de su padre, y cuando, a los treinta años, se casó con una mujer de diecisiete, se llevó consigo a sus dos hermanas mayores. Un año después de la boda vino al mundo Friedrich Nietzsche. Cuando este tenía dos años de edad, nació su hermana, y poco después su hermano, el cual murió a los dos años, poco después de la muerte del padre. Según los informes que nos han llegado, el padre, Ludwig Friedrich Nietzsche, era un hombre sensible y afectuoso, que desde el principio quiso mucho a su hijo y pasaba mucho tiempo con él, cuando tocaba el piano «fantaseando». Esa importante experiencia, juntamente con los cálidos sentimientos que el padre albergaba, quizás, hacia su hijo, pudo contribuir a que este, pese a la severa educación, fuera capaz de experimentar sentimientos intensos. Pero determinados sentimientos estaban estrictamente prohibidos. Se habla, por ejemplo, de intensos ataques de ira, de

los que sin embargo pronto se hizo desistir al niño aplicando severas medidas.

La gran biografía de Janz nos informa de ello:

Tan pronto como el hijo mayor empezó a hablar un poco, el padre se aficionó a pasar con él parte de su tiempo libre. Tampoco le molestaba en su gabinete de estudio, donde el hijo, como escribe la madre, contemplaba «silencioso y pensativo» al padre mientras este trabajaba. Pero cuando más se entusiasmaba el niño era cuando el padre «fantaseaba» al piano. Ya a la edad de un año, el pequeño Fritz, como todos le llamaban, se incorporaba en tales ocasiones en su cochecito y prestaba atención al padre, totalmente en silencio y sin quitarle la vista de encima. Con todo, no puede decirse que durante estos primeros años fuera siempre un niño bueno y obediente. Cuando algo no le parecía bien, se echaba de espaldas sobre el suelo y pateaba lleno de furia con las piernecitas. El padre, al parecer, procedió contra esto con gran energía, pese a lo cual el niño debió de seguir largo tiempo aferrado a su testarudez y su porfía siempre que le era negado algo que deseaba; pero ya no se rebelaba, sino que, sin pronunciar palabra, se retiraba a algún rincón silencioso o al excusado, donde sobrellevaba a solas su ira (C.P. Janz 1978, pág. 48).

Sea cual sea el significado que el biógrafo atribuya a ese «sobrellevar», lo cierto es que esos sentimientos que el niño tenía que aniquilar en el «excusado» se hallan, perfectamente reconocibles, en los escritos posteriores del filósofo. No olvidemos que con la fa-

milia vivían también la abuela y dos jóvenes tías, las cuales, junto a las tareas de la casa y una serie de actividades de beneficencia, tenían como principal objetivo la educación del primogénito. Cuando Friedrich tenía apenas cuatro años, su padre falleció tras once meses de penosa enfermedad, probablemente a consecuencia de un tumor cerebral, que su hijo calificaría más tarde como «reblandecimiento del cerebro». En la familia se creó la leyenda según la cual la enfermedad del padre tuvo su origen en un accidente, versión que mitigaba un poco la vergüenza que al parecer representaba para la familia una enfermedad cerebral. Hasta ahora no han acabado de aclararse clínicamente las circunstancias que condujeron a la muerte del padre.

Los adultos difícilmente podemos imaginar lo que siente un niño de apenas cuatro años al ver a su amado padre —en este caso la persona más cercana, pues la madre no lo era en aquella época— contraer de repente una enfermedad cerebral. En cualquier caso, parece inevitable un estado de gran confusión: las reacciones del padre, hasta el momento más o menos predecibles, escapan de repente a todo cálculo; el padre, ese hombre grande, admirado y sabio, se ha vuelto de repente «tonto»; quienes le rodean se avergüenzan quizá de sus respuestas, las cuales provocan también, posiblemente, el desprecio del niño, que este, sin embargo, debe reprimir, porque ama a su padre. Probablemente el padre mismo estaba orgulloso de la inteligencia de su hijo, y ahora, tan pronto, desaparece como interlocutor. Ya no se le puede contar nada, ni preguntar nada, ya no se le puede tener como punto

de orientación, ni contar con su eco, y sin embargo, en ese estado, está ahí.

Poco después de la muerte del padre murió también el hermano pequeño, y Friedrich se vio a partir de entonces en la condición de único ser masculino en un hogar de mujeres. Vive junto a la abuela, las dos tías, la madre y la hermana pequeña. Ello no habría tenido malas consecuencias para él si una de estas mujeres le hubiera brindado ternura, calor y verdadero afecto. Pero todas ellas competían en el propósito de inculcarle el autodomínio y otras virtudes cristianas. Su moral, adquirida mediante la educación, no estaba en absoluto a la altura de la fantasía primigenia ni de la autenticidad de las preguntas del muchacho. Así que intentaron acallar la incómoda curiosidad del niño mediante un estricto control y una educación severa.

¿Qué otra cosa puede hacer un niño sometido por completo a ese régimen, sino adaptarse y sojuzgar con todas sus energías sus auténticos sentimientos? Eso es lo que hizo Friedrich; muy pronto se convirtió en un niño modelo y un alumno ejemplar. Janz describe en su biografía de Nietzsche una escena que ilustra claramente las dimensiones que alcanzó la autonegación. Volviendo de la escuela a casa, el niño Nietzsche se vio sorprendido por un fuerte chubasco, pero no aceleró el paso, sino que siguió andando despacio y erguido. Como explicación, el muchacho adujo que «al salir de la escuela hay que caminar de regreso a casa sin atropellos y con urbanidad. Así lo exige el reglamento» (C.P. Janz 1978). ¿De qué clase de adiestramiento debió de ser fruto semejante actitud?

El niño observa lo que le rodea, y no puede evitar que surjan en él pensamientos críticos. Pero estos jamás deben ser expresados, sino —al igual que todos los demás pensamientos impíos— reprimidos con toda energía. Por si fuera poco, las personas que rodean al niño predicán constantemente los valores cristianos del amor al prójimo y de la misericordia. Al mismo tiempo, el niño experimenta diariamente que nadie lo trata con compasión cuando le pegan, que nadie se da cuenta de que sufre. Nadie le ayuda, a pesar de que tantas personas se dedican a su alrededor a ejercer las virtudes cristianas. ¿Qué valor pueden tener en realidad esas virtudes?, debe de preguntarse el niño una y otra vez. ¿Acaso no soy yo también un «prójimo» que merece ser amado? Pero estas mismas preguntas podrían provocar nuevas palizas. Así pues, ¿qué otro remedio le queda sino guardarse esas preguntas y quedarse con ellas aún más solo que hasta entonces, pues no le está permitido compartirlas con nadie?

Pero estas preguntas no desaparecerán. Más tarde, mucho más tarde, cuando la escuela acabe y las autoridades, los catedráticos, ya no le produzcan temor, porque él mismo, Nietzsche, es catedrático también, las preguntas y los sentimientos sojuzgados se escaparán del calabozo donde han estado encerrados veinte años. Entretanto, habrán adquirido legitimidad al hallar un objeto sustitutivo. La crítica de Nietzsche no se dirigirá contra los auténticos causantes de su ira, es decir, las tías, la abuela, la madre, sino contra los valores de la filología. Aun así, ello requiere coraje, pues se trata de valores que hasta entonces habían sido sagrados para *todos* los filólogos.

Pero Nietzsche también ataca valores que antes le habían sido caros, pero que quienes le rodeaban no respetaban, como por ejemplo la «verdad», simbolizada en la persona de Sócrates. De la misma manera que un joven en plena pubertad ha de rechazar, de entrada, todo aquello que ha amado hasta el momento, a fin de edificar nuevos valores, Nietzsche, que no vivió esa revolución de la pubertad, que a los doce años escribe en su diario complacientes anotaciones, empieza a los veinticinco años a atacar, a zaherir, a reducir al absurdo la cultura en la que estaba afincado. Y no con los recursos de un joven en plena adolescencia, sino con ayuda del intelecto altamente desarrollado de un filólogo y catedrático de filosofía.

Es perfectamente comprensible que ese lenguaje posea fuerza y cause una honda impresión. No se trata de un parloteo hueco que echa mano de consignas revolucionarias gastadas, sino de una combinación, inusual entre los filólogos, de pensamiento original y sentimientos intensos, que resultan convincentes a primera vista.

Estamos acostumbrados ya a contemplar a Nietzsche como un representante del Romanticismo tardío, y a su filosofía vital como fruto de la influencia de Schopenhauer. Pero el que sean determinadas personas, y no otras, quienes nos influyen durante la edad adulta, no tiene nada de casual, y la descripción que hace Nietzsche de la euforia que experimentó al iniciar la lectura de la principal obra de Schopenhauer muestra que descubrió en ella, no sin motivo, un mundo emparentado con el suyo propio. Si durante la adolescencia se le hubiera permitido hablar libre-





Friedrich Nietzsche en 1861. (Ullstein Bilderdienst)

mente en el seno de la familia, posiblemente no habría necesitado a Schopenhauer, ni, sobre todo, a los héroes germánicos, a Richard Wagner y a la «bestia rubia». Habría hallado sus propias y ajustadas palabras para decir: No soporto las cadenas bajo las que diariamente se me aprisiona; mis fuerzas creadoras corren el peligro de verse aniquiladas. Necesito toda mi energía para salvarlas, para afirmarme aquí. No puedo replicaros nada que seáis capaces de entender. No puedo vivir en este mundo angosto y lleno de falsedad. Y sin embargo no puedo abandonaros. No puedo prescindir de vosotras, soy todavía un niño y estoy a vuestra merced. Por eso sois tan prepotentes, a pesar de vuestra debilidad. Para derribar ese mundo que me impide vivir haría falta un coraje heroico y cualidades sobrehumanas, fuerzas sobrehumanas. Yo no poseo esas fuerzas, soy demasiado débil y tengo miedo de haceros daño, pero desprecio la debilidad que hay en mí y la debilidad que hay en vosotras, que me fuerza a sentir compasión. *Desprecio toda forma de debilidad* que me impida vivir. Habéis cercado mi vida con coacciones; entre la escuela y el hogar no me queda margen alguno de libertad, a excepción quizá de la música, pero eso no me basta. Necesito poder servirme de las palabras. Necesito poder proferirlas a gritos. Vuestra moral y vuestra racionalidad son para mí una cárcel en la que me asfixio, y eso al inicio de mi vida, cuando tantas cosas tengo por decir.

Todas esas palabras se quedaron atascadas en la garganta y en la cabeza de Nietzsche, y no es de extrañar que ya en la infancia, y sobre todo en su etapa

escolar, sufriera continuamente intensas jaquecas, laringitis y trastornos reumáticos. Todo lo que no podía articularse hacia el exterior permaneció en el cuerpo, obrando sus efectos en forma de constante tensión. Más tarde, el pensamiento crítico pudo dirigirse contra conceptos abstractos como la cultura, el cristianismo, el esnobismo, los valores burgueses. Ejerciendo estas críticas no corría peligro de matar a nadie (pues todo niño bien educado teme que sus malas palabras puedan matar a las personas a las que quiere). En comparación con ese peligro, la crítica a algo abstracto como es la sociedad no deja de parecer inofensiva aunque provoque la indignación de los representantes de aquella. No se halla uno ante ellos como un niño desamparado y culpable; uno puede defenderse, y también pasar al ataque, con la ayuda de argumentos intelectuales, recurso que por regla general no está a disposición de los niños, y tampoco estaba a disposición del niño Nietzsche.

Y, con todo, las precisas observaciones de Nietzsche acerca de nuestro sistema cultural y de la moral cristiana, así como la intensidad de su indignación, no tienen su origen en la época de sus análisis filosóficos, sino en los primeros años de su vida. En esa época, Nietzsche se dedicó a observar el sistema; por entonces sufría bajo él, esclavo y amante al mismo tiempo; por entonces estaba encadenado a una moral que despreciaba, y era atormentado por personas cuyo amor necesitaba. Entre las estrategias posibles para superar su justificada y ardiente ira, el dirigirla contra el cristianismo en su conjunto —salvaguardando así la integridad del hogar paterno y la ideali-

zación de los padres— no era, sin duda, la única imaginable, pero tampoco la peor. Si no hubiera pasado aquellos buenos primeros años junto a su padre, y no hubiera tenido más tarde la posibilidad de tocar música e ir a buenas escuelas, ¿quién sabe lo que su odio le habría impulsado a hacer? En cualquier caso, sus observaciones tempranamente asimiladas han ayudado a muchas personas a ver cosas en las que nunca habían reparado antes. Lo experimentado y vivido por un individuo puede, pese a lo subjetivo de la fuente, alcanzar validez general, porque los sistemas de la familia y de la educación, que Nietzsche observó temprana y minuciosamente, son representativos del conjunto de la sociedad.

### *Confusión*

Pero, junto a esa faceta positiva, la manera en que Nietzsche «superó» su destino infantil tuvo también funestos y devastadores efectos, porque el filósofo utilizó como arma contra el mundo aquello que más problemas le causó a él mismo: la confusión. De igual manera que él mismo se vio confundido hasta lo más hondo, en primer lugar por la terrible enfermedad del padre, y más tarde, una y otra vez, por la insoportable contradicción entre la moral predicada y el comportamiento fáctico de todas las personas clave tanto en la familia como en la escuela, Nietzsche, a su vez, lleva de vez en cuando al lector a la confusión, presumiblemente sin darse cuenta él mismo. Yo experimenté este sentimiento de confusión cuando, después

de tres décadas, empecé a releer las obras de Nietzsche. Treinta años antes, yo, empeñada únicamente en entender lo que Nietzsche quería decir, había dejado de lado este sentimiento. Pero la segunda vez me dejé guiar por él. Y así pude comprobar que a otras personas les sucedía lo mismo, aunque no emplearan la palabra «confusión» y no atribuyeran el origen de ese sentimiento a una necesidad compulsiva de repetición anclada en la persona de Nietzsche, sino a su propia falta de formación, inteligencia o profundidad intelectual. Esa es justamente la actitud que aprendemos desde pequeños: cuando los «mayores» (los más sabios) propagan, como si se tratara de verdades evidentes, toda clase de disparates, contradicciones y absurdos, ¿cómo podría un niño educado autoritariamente darse cuenta de que lo que oye no es el colmo de la sabiduría? Hará todos los esfuerzos posibles para creerlo así, y esconderá a su propia vista sus dudas en lo más recóndito. Así es como muchas personas leen hoy en día los escritos del gran Nietzsche. Se atribuyen a sí mismos las causas de la confusión y se inclinan con reverencia ante el filósofo, tal como este lo hizo quizás en su día ante su padre enfermo.

Yo descubrí estas conexiones gracias a haber tolerado el sentimiento de confusión producido por la lectura de Nietzsche, pero aun así no considero este sentimiento como un asunto de mi única incumbencia. Hallé en los escritos de Richard Blunck, el cual se dedicó durante cuatro décadas al estudio de la obra y la vida de Nietzsche, un pasaje que confirma indirectamente mis experiencias. Al ser destruida durante la guerra una gran parte del material que Blunck había

acumulado, este tuvo que renunciar a publicar la gran biografía de Nietzsche que tenía planeada, y puso en manos de Curt Paul Janz la continuación de la tarea. En la introducción a la biografía en tres volúmenes de Janz se hallan las siguientes palabras de Richard Blunck:

Quien, como nosotros cuarenta años atrás, tropiece por primera vez con un libro de Nietzsche notará de inmediato que el libro pone a prueba algo más que su entendimiento, que ahí no basta con seguir el pensamiento del autor en su camino de las hipótesis a las consecuencias y de concepto en concepto, en busca de «verdades». Antes bien, el lector sentirá que ha penetrado en un formidable campo magnético del que emanan sacudidas de naturaleza demasiado profunda para poder capturarlas solo con las redes del entendimiento. Más que una serie de juicios o de nociones, lo que le conmoverá será la persona que se halla tras esos juicios y nociones. Si tiene algo que defender, saldrá a menudo al paso de ellos; pero ya nunca más podrá desembarazarse del todo de la persona que los emite, ni sustraerse al campo magnético que esta representa. Si solo presta atención a los juicios que salen a su encuentro en sentencias imperiosas, y que a veces parecen abalanzarse sobre él, el lector tendrá pronto la sensación de hallarse en un laberinto en cuyas intrincadas galerías se le muestran incommensurables riquezas, pero también el rostro amenazante del Minotauro que reclama víctimas humanas. Creerá hallarse ante las verdades más verdaderas, que dan de lleno en el corazón de las cosas; pero en el siguiente libro esas verdades más verdaderas se deroga-

rán a sí mismas, y el lector sentirá que lo único que ha hecho ha sido penetrar en una nueva galería del laberinto. Con todo, el lector que mantenga despierto su ser y no se limite a tantear con el intelecto nunca perderá la certeza de hallarse más cerca de la vida y del verdadero rostro de esta que con ningún otro pensador. Lo que se le revela, en plena contradicción de juicios y puntos de vista, es una potencia intelectual singularmente profunda y elevada, que no está ligada a puntos de vista ni a verdades, sino que los remonta y franquea una y otra vez, siempre al servicio de una veracidad que no conoce otra ley que a sí misma y la vida que fluye, se transforma y recrea eternamente.

Una tal veracidad no es cualidad propia del saber compendiador ni del entendimiento ordenador, por más que no pueda apenas prescindir de ellos, sino que pertenece a una personalidad de marcado carácter moral, a un corazón lleno de coraje y a un intelecto intrépido e infatigable. Para alcanzar la exuberancia que caracteriza la obra de Nietzsche, esa veracidad debe ser vida y sufrida. Esa veracidad, ligada a una extrema capacidad de asimilación y de penetración crítica de todas las posibilidades del mundo intelectual europeo, ligada también a la hondura en la visión de la esencia del ser humano y a una profética clarividencia y amplitud de miras, se nos muestra aquí en unas dimensiones únicas en la historia del pensamiento occidental; por ello la vida y la obra de Nietzsche nos afectan en tan gran medida: una vida y una obra que, bajo el azote de esa veracidad, fueron una lucha constante y sin tregua contra una época que se sumía cada vez más en una desesperada falsedad, y contra la propia felicidad,

la fama o incluso el corazón amante; una hazaña cuya pureza y necesidad no se ven enturbiadas ni suprimidas por repercusión alguna, por equívoca y terrible que esta fuese (Richard Blunck, en C.P. Janz 1978, pág. 10).

El autor de las precedentes líneas se halló, en el fondo, muy cerca de la verdad, pero se extravió en los laberintos. La educación recibida bastó para hacerle incapaz de ir en busca de los orígenes biográficos de esos laberintos. Y si, a pesar de ello, hubiera podido atreverse a hacerlo, su existencia y su trabajo se habrían visto, sin duda, seriamente amenazados bajo el Tercer Reich. Pues en esa época Nietzsche estaba muy de moda. Su veneración del «héroe bárbaro» fue interpretada al pie de la letra y vivida con todas sus horribles consecuencias. Pero precisamente la manera en que los nacionalsocialistas adaptaron para sus fines los hallazgos y formulaciones de Nietzsche, muestra la potencial peligrosidad de un análisis que contempla por separado los últimos eslabones de una cadena biográfica y demuestra desinterés y ceguera hacia el origen de esa cadena.

Hoy en día, los biógrafos del filósofo hacen hincapié continuamente en el hecho de que el pensamiento y la vida de Nietzsche están estrechamente ligados, probablemente más que en el caso de ningún otro pensador. Pero raramente se hallan referencias a la infancia, a pesar de que, sin conocimiento de esta, cualquier recorrido vital resulta incomprensible. La biografía de Curt Paul Janz, que abarca un total de 1.977 páginas y no apareció hasta 1978, dedica a la infancia de Nietzsche, una vez concluida la historia de los ante-



pasados, menos de diez páginas, porque el significado de la infancia para la vida posterior del filósofo es aún objeto de intensa discusión, debido a lo cual apenas se han efectuado investigaciones en este terreno. Los estudiosos no buscan en los escritos de Nietzsche aspectos de la historia de su vida, sino de la historia de la filosofía. La vida, la enfermedad y el trágico final de Nietzsche no han sido hasta ahora investigados a la luz de su infancia; y mucho menos su obra, por supuesto.

Y, sin embargo, me parece que hoy en día no es difícil darse cuenta de que la obra de Nietzsche fue un intento —desesperado, pero nunca abandonado, hasta el colapso espiritual— de liberarse de la prisión de su infancia, del odio hacia las personas que lo educaron y atormentaron. Ese odio, y el miedo a ese odio, debieron de ser tanto más intensos cuanto menos le fue dado a Nietzsche en su vida independizarse de las figuras reales de su madre y su hermana. Es bien sabido que la hermana de Nietzsche falsificó muchas de las cartas del filósofo, que intrigó infatigablemente contra los intereses de su hermano y que no descansó hasta ver destruida la relación de este con Lou von Salomé. Tanto la madre como la hermana necesitaron que Friedrich dependiera de ellas hasta el final. El niño educado a la perfección aprendió tempranamente a no defenderse, y en lugar de ello a combatir sus genuinos sentimientos: por eso mismo el adulto no consiguió encontrar su camino hacia una liberación real. Halló en la escritura una y otra vez la ilusión de una liberación porque en el plano simbólico dio, innegablemente, pasos que le condujeron en

esa dirección. También los dio en la vida real, pero sin mezclar nunca en ello a su propia familia. Por ejemplo, tuvo el coraje, después de haber enfermado, de renunciar a su cátedra en Basilea para poder criticar más libremente el sistema. Adquirió así la libertad de escribir aquello que una necesidad interior le obligaba a escribir, sin tener que amoldarse a las reglas de la universidad. Pero en cierto modo eso no pasó de ser una solución de repuesto, pues era incapaz de suprimir lo que se ocultaba detrás, es decir, la idealización del hogar paterno, porque sus verdaderos sentimientos (la ira, el miedo, el desprecio, la impotencia, las ansias de liberación, la furia destructiva y la desesperada dependencia hacia sus verdugos) le robaban la paz y exigían constantemente nuevos objetos sustitutorios.

### *La madre*

En varias cartas dirigidas a amigos de Friedrich Nietzsche, la madre describe el estado del enfermo, al que consagró sus esfuerzos, como si se tratara de un niño pequeño, en la época en que Nietzsche había ya perdido por completo sus energías intelectuales. En un pasaje de estas cartas, la madre refiere que Nietzsche emitía, con rostro risueño, terribles alaridos. No podemos saber si esa información es digna de confianza, pues las madres interpretan a menudo la expresión de los rostros de sus hijos tal como corresponde a sus propios deseos. Pero si las observaciones de la madre son correctas, podemos descubrir en ello



Friedrich Nietzsche y su madre. (Ullstein Bilderdienst)

la actitud del niño pequeño, muy pequeño, que por fin podía gritar, en presencia de la madre, tan fuerte como jamás le había sido permitido, y que disfrutaba de la tolerancia materna por fin alcanzada. Pues los gritos de un adulto apenas son imaginables sin un rostro desfigurado por el dolor.

Algunas mujeres empiezan a tratar con más cariño a sus hijos en el momento en que estos, a consecuencia, por ejemplo, de una enfermedad mental o cerebral, dejan de estar en condiciones de pensar, es decir, de ejercer crítica alguna. No están muertos todavía, pero sí desamparados y a merced de la madre. A algunas de esas mujeres, educadas ante todo para el cumplimiento del deber, esa actitud de sacrificio por el hijo las hará sentirse buenas y nobles. Si durante su infancia tuvieron que reprimir sus propias críticas, les molestará que el hijo o la hija exterioricen críticas hacia ellas. En cambio, el hijo minusválido las hará sentirse menos cuestionadas. Además, sus sacrificios en favor del hijo son objeto de consideración y de admiración por parte de la sociedad. Por ello es muy probable que la madre de Nietzsche, que contaba dieciocho años al nacer él, y a la que incluso los biógrafos más benévolos describen como una mujer fría, necia e incapaz de interesarse por nada, se sacrificara efectivamente por su hijo cuando este, en sus últimos años, ya no reconocía a sus amigos y apenas podía hablar.